

SAN AGUSTÍN

Sobre la verdadera religión

DIVERGENCIAS RELIGIOSAS ENTRE LOS FILÓSOFOS Y EL PUEBLO

I. 1. Siendo norma de toda vida buena y dichosa la verdadera religión, con que se honra a un Dios único y con muy sincera piedad se le reconoce como principio de todos los seres, que en Él tienen su origen y de Él reciben la virtud de su desarrollo y perfección, se ve muy claramente el error de los pueblos que quisieron venerar a muchos dioses, en vez del único y verdadero, Señor de todos, porque sus sabios, llamados filósofos, tenían doctrinas divergentes y templos comunes. Pues tanto a los pueblos como a los sacerdotes no se ocultó su discordante manera de pensar sobre la naturaleza de los dioses, porque no se recataban de manifestar públicamente sus opiniones, esforzándose en persuadirlas a los demás si podían; sin embargo de esto, juntamente con sus secuaces, divididos entre sí por diversas y contrarias opiniones, sin prohibición de nadie, acudían a los templos. No se pretende ahora declarar quién de ellos se acercó más a la verdad; mas aparece bastante claro, a mi entender, que ellos abrazaban públicamente unas creencias religiosas, conforme al sentir popular, y privadamente mantenían otras contrarias a sabiendas del mismo pueblo.

EPÍLOGO Y EXHORTACIÓN A LA RELIGIÓN VERDADERA

LV. 107. Siendo esto así, os exhorto a vosotros, amigos carísimos y parientes míos -y esta exhortación a mí también me toca-, a corresponder con la mayor presteza posible a los planes de la Sabiduría divina. No amemos el mundo, porque todo cuanto hay en él es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo. Evitemos en los demás y en nosotros la corrupción carnal, para no venir a caer en otra mayor de tormentos y dolores. Abandonemos las competencias y riñas, no seamos entregados a la tiranía de los ángeles, que se deleitan con esas cosas, para ser abatidos, encarcelados y flagelados. No nos aficionemos a los espectáculos materiales, para que no seamos arrojados por la misma Verdad en las tinieblas, extraviándonos y amando las sombras.

108. Deslíguese nuestra religión de las vagas imaginaciones, pues vale más cualquiera realidad verdadera que tanto puede forjarse arbitrariamente. Mas no vayamos a venerar el alma misma, aun cuando conserve su verdadero ser, al entregarse a sus imaginaciones. Mejor es una brizna de paja que la luz formada por un trabajo de vana imaginación, según el capricho y las conjeturas; y, con todo, es cosa de locos creer que la pajueta, que vemos y tocamos, u de ser objeto de culto. No veneremos las obras humanas, porque mejores son los artífices que las hacen, a los que, sin embargo, no hemos de tributar culto. Rechacemos el culto de los animales, pues los superan en excelencia los hombres de menos valía, a los que, sin embargo, no hemos de adorar. Dejemos el culto divino de los difuntos, pues si vivieron piadosamente, no se complacen con tales honores, antes quieren que adoremos al que los baña con su luz y alegría de vernos a nosotros asociados a sus méritos. Honrémoslos, pues, imitando sus virtudes, no adorándolos, y si vivieron mal, dondequiera que estén, ningún culto merecen. Lejos de nosotros igualmente el venerar a los demonios, pues siendo toda superstición un castigo para los hombres y peligrosísima torpeza, para ellos, en cambio, es un triunfo y honor.

109. No abracemos el culto de la tierra y de las aguas, porque más puro y luminoso que ellas es el aire, aun caliginoso, y tampoco debe venerarse. Ni sea objeto de nuestra religión un aire más

puro y sereno, pues, privado de la luz, queda entenebrecido; y más brilla la llama del fuego, al que tampoco hemos de adorar, porque lo encendemos y apagamos según nuestra voluntad. No adoremos los cuerpos etéreos y celestes, que, si bien son preferidos a los demás, valen menos que cualquier ser vivo. Y aun siendo animados, el alma por sí misma aventaja a cualquier cuerpo animado, y, con todo, nadie ha pensado en dar culto a un alma viciosa. No demos culto religioso a la vida vegetal, porque carece de sentido, y del mismo género son numerosas manifestaciones de nuestro organismo; por ella viven nuestros cabellos y huesos y son cortados sin dolor. Superior es la vida sensible, y no debemos adorar a los animales.

110. No veneremos con culto religioso ni a la misma alma racional perfecta y sabia, puesta al servicio del universo, o al de una parte, ni a la que en los varones más eminentes espera el cambio y la transformación del cuerpo; pues toda vida racional, si es perfecta, obedece a la verdad eterna, que en lo íntimo le habla sin estrépito de voz, y desoyéndola se hace viciosa. Su grandeza le viene no de sí misma, sino de la Verdad, a que gustosamente se somete...

112. He aquí que yo adoro a un solo Dios, único principio de todas las cosas, y a la Sabiduría, que ilumina a todas las almas sabias, y al Don, que hinche de gozo a los bienaventurados. Todo ángel que ama a este Dios, cierto estoy de que también a mí me señala con su amor. Todo el que permanece y puede escuchar las plegarias humanas, en Él me escucha. Todo el que lo tiene por bien suyo, en Él me presta ayuda, ni puede envidiarme, porque yo vivo en comunión con Él. Díganme, pues, a mí los adoradores o aduladores de las partes del mundo qué amistades más nobles no se granjea el que adora a este único Dios, a quien todos los mejores aman, y disfrutan viéndole, y recurriendo al cómo principio se mejoran. Al contrario, el espíritu que prefiere su independencia, por no someterse a la verdad, y, deseando gozar de su bien privado, perdió el ofrecido a todos y la bienaventuranza, esclavizará y atormentará a los malos, mientras a los buenos sólo puede ejercitarlos; pero ningún derecho tiene a nuestra veneración; su alegría es nuestra miseria, y su daño, nuestro retorno a Dios.

113. Relíguenos, pues, la religión con el Dios omnipotente, porque entre nuestra alma, con que conocemos al Padre y a la Verdad, esto es, la luz interior que nos la da a conocer, no hay de por medio ninguna criatura. Adoremos también con Él y por Él a la misma Verdad, espejo perfectísimo de su ser y prototipo de todas las cosas que tienen el mismo origen y aspiran a la misma unidad. Así, las almas adelantadas saben que por esta Forma fueron criadas todas las cosas y que ella puede saciar todos sus anhelos. Con todo, no las habría creado el Padre por el Hijo, ni hallarían la felicidad en su verdadero fin, si Dios no fuera Suma Bondad, que no envidia a ninguna naturaleza capaz de participar de sus bienes; y les dio igualmente la permanencia en el bien, a unas según quisieran, a otras según pudieran. Conviene, pues, que abracemos y adoremos, juntamente con el Padre y el Hijo, el Don divino, también inmutable: Trinidad de una sola substancia, Dios único, de quien recibimos el ser, por quien existimos y en quien somos; apartándonos de Él, nos deformamos; pero Él no permitió nuestra perdición. Es el principio adonde retornamos, el modelo que hemos de seguir y la gracia que nos salvar único Dios, por quien fuimos creados, y semejanza suya, que nos vuelve a la unidad, y paz que nos mantiene en concordia; es el Dios que dijo: *Hágase*, y el Verbo, por quien fue hecho todo cuanto natural y substancialmente se hizo; y el Don de su benignidad, objeto de su gozo, por quien se reconciliaron con su Autor, para que no se perdiesen, todas las criaturas que hizo por su Verbo: único Dios, Creador, que nos da la vida; Restaurador, que nos comunica la sabiduría, en cuyo amor y disfrute está nuestra felicidad. Dios único, causa eficiente, ejemplar y final de todas las cosas: a Él sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Así sea.